

mors secunda. El qui non inventus est in libro vite scriptus, missus est in stagnum ignis. (1). Apoc. XX, 11 à 15.]

XVII. En órden al día, semana, mes y año en que tendrá fin el mundo, nadie lo sabe, sino solo Dios; sin embargo, nos atrevemos à conjeturar, que, entre la caída del Anticristo, y el último día del mundo, discorrirán algunos años, en mayor ó menor número; pero que, de seguro, serán *más de siete* (2).

(1) Después vi un gran sollo reluciente, y á uno señalado en él, á cuya vista desapareció la tierra y el cielo, y no quedó nada de ellos. Y vi á los muertos grandes y pequeños estar delante del trono, y abriéronse los libros; y abrióse tambien otro libro, que es el de la vida, y fueron juzgados los muertos, por las cosas escritas en los libros, segun sus obras. El mar, pues, entregó los muertos que habia en él; y la muerte y el infierno entregaron los muertos que tenían dentro: y se dió á cada uno la sentencia segun sus obras. Entonces el infierno, y la muerte fueron lanzados en el estanque de fuego. Esta es la muerte segunda. El que no fué hallado escrito en el Libro de la vida, fué asimismo arrojado en el estanque de fuego.

(2) Holzauzer (t. I, p. 502 à 503, Wuilleret), piensa, que en lugar de años y meses no se pasarán más que algunos días. Generalmente se considera como inspirado sobre el Apocalypsi, y por este motivo, algunos rechazarán *nuestras conjeturas* en los muchos puntos en que difieren de lo contenido en su libro. Diremos, pues, sobre el particular, todo lo que pensamos; juzgue el lector.

Estamos persuadidos de que Holzauzer estuvo inspirado. Entre otros indicios, escogeremos uno, el haber fijado la duración de la vida del Anticristo à cincuenta y cinco años y medio (seiscientos sesenta y seis meses), sin apoyar su aserto con dalo ni argumento alguno humano.

XVIII. Al terminar estas *conjeturas*, bendigamos al Cordero, que ha tenido la dignacion de encarnarse por nuestro amor, y de rescatarnos, derramando hasta la última gota de su sangre. Apresurémonos, desde ahora, à practicar lo que los santos y los escogidos practicarán à la fin de la séptima edad, cuando el Señor les dira: Venid benditos de mi Padre (*Venite, benedicti Patris mei*, MATTH. XXV, 35). Tributémosle la séptima alabanza, la *benediccion* (*benedictionem*, Apoc. V, 12), con un corazon sincero, que rebose abnegacion y arrepentimiento, y se nos otorgará la gracia de bendecirle por toda la eternidad.

Nosotros, por el contrario, hallamos una prueba de que no estuvo inspirado en lo que escribe acerca del tiempo, que separa la caída del Anticristo de la fin del mundo; porque, si el Gog de Ezequiel es el Anticristo, es evidente, que el mundo acabará más de siete años, y no ménos de un mes, despues de la caída del hijo de perdition.

¿Cómo es posible conciliar cosas que parecen tan contradictorias? Creemos que se puede obtener este resultado por el medio siguiente: no está demostrado que todo lo que se atribuye à Holzauzer, en órden à sus comentarios, le pertenezca. Sus amigos, y sus discípulos, no inspirados, pueden haber añadido algo despues de su muerte.

Por otra parte, quizás en ciertos pasajes, y en ciertos puntos, haya sido inspirado, y no en otros, en los cuales, entregado à sí mismo, hubiera quedado expuesto à equivocacion. No es, pues, extraordinario, que se encuentren en sus comentarios cosas verdaderas, mezcladas con otras, que no lo son.

FIN DE LAS CONJETURAS DE M. AMADEO NICOLÁS.

XXIV.

AYER Y MAÑANA.

CONSIDERACIONES

SOBRE EL PRÓXIMO TRIUNFO DE LA IGLESIA, Y LA RESTAURACION DE LA FRANCIA;

POR

M. AMADEO NICOLÁS, ABOGADO.

I.

De tres años acá, la Iglesia y la Francia están en el mismo crisol. Sufren à un tiempo, y parece que han de ser emancipadas à la vez. ¿Cuándo llegará el día de esta emancipacion de la Iglesia y de Francia? Hé aquí un problema, que muchos quisieran resolver.

Los hombres, que no ven à donde se les conduce, toman con frecuencia como medios de salvacion lo peor para ellos. Muchos católicos aceptaron con aplauso el golpe de Estado del 2 de diciembre; creyeron, que Luis Napoleon y su imperio lo habia salvado. La situacion en que el últi-

mo puso à la Iglesia, y dejó à la Francia, les ha enseñado, una vez más, que un pueblo no se salva con medios expeditivos, ó con premios que estimulan el crimen. Pero esta leccion no ha sido todavía bastante instructiva para nuestro pais, y un gran número de franceses están todavía dispuestos à dejarse engañar una vez mas.

La proclamacion de la República en el día 4 de setiembre fué, para la Iglesia y para nosotros, un nuevo manantial de males é infortunios. Como la existencia de esta forma de gobierno en nuestro pais, era una excitacion à que se la establezca en otras partes, y, por consiguiente, à que sean derribados todos los tronos, éramos mirados por los soberanos, y es muy natu-

ral, no solo como un pueblo con el que no cabía hacer alianza, sino, además, como un enemigo cuyo poderío es necesario coartar, á fin de que no le emplee en daño ajeno. De ahí se originó la continuación de la guerra, después del destronamiento de Napoleón III; de ahí la pérdida de dos provincias, y de diez mil millones de francos. Si entonces se hubiese llamado al rey legítimo, habríamos tenido aliados, cuya intervención hubiera salvado nuestro territorio y nuestros intereses; y habríamos podido continuar obligando á la Italia á cumplir, siquiera con respecto á la Santa Sede, el convenio de 15 de setiembre de 1864, por malo que fuese.

La República, que tiene por base la igualdad de todos los ciudadanos, constituye por sí un poder débil, falto de unidad, variable, interino, desprovisto de influencia, que no se impone á las masas, á causa de la poca importancia de los que lo ejercen transitoriamente, y que hace posibles y más fáciles las grandes insurrecciones, como las de 1848 y de 1871. Esos poderes débiles, no pueden subsistir sino con leyes muy duras, que para asegurar el órden en la calle, sacrifican la prudente libertad.

II. *son SAUCO*

La jornada del 24 de mayo de 1873, fué saludada con alborozo por todos los hombres religiosos, porque hacia perder terreno á los que se presentan francamente como patrocinadores de la impiedad y del desórden. A esta jornada siguió, poco después, la del 5 de agosto, que puso término á prolongadas divisiones, é hizo concebir grandes esperanzas. Desde entonces, ya no había más que prometerse sino el restablecimiento de la monarquía tradicional y legítima. La mayoría de la Asamblea nacional nombró una comisión para preparar este restablecimiento. En octubre de 1873 se estaba, por punto general, en la persuasión, de que nuestros diputados iban, por último, á inclinarse ante el derecho, y á reconocer al rey; y se esperaba que la Francia, desatada de los lazos de la Revolución, acudiría inmediatamente después á devolver la libertad al Sumo Pontífice, ocurriendo, por lo tanto, en el mes de noviembre la restauración de nuestro país.

Así hubiera sucedido indudablemente, si

la mayoría hubiese sido homogénea, hubiese contado en su seno con hombres muy concededores de las condiciones de la vida de un pueblo, y no hubiese tenido á su lado á los amigos de la Revolución, cubiertos con un *disfrax conservador*, que no otorgarían jamás á la Iglesia ni el Rey lo que necesitan para corresponder á su cometido, y que se consideran como grandes políticos, únicos aptos para gobernar, porque tienen una habilidad oculta y tortuosa, que dista mucho de ser una virtud.

Esos hombres son las grandes plagas de nuestra nación. Contrarian y neutralizan el bien. Mientras que los *Comunalistas* tienen un carácter *verdaderamente repulsivo* (1), los demás seducen, atraen, y llevan por descarriada senda á los pueblos honrados, por medio de lo que tienen de común con ellos. Pero como toda la habilidad humana no puede dar solidez y duración á un edificio sin cimientos, ó que Dios no se los ha dado; esos grandes agitadores trabajan en vano, y ven desaparecer en breve la débil cabaña, que consideraban como un palacio.

III.

Nunca creí yo, que la Restauración tan deseada ocurriese en noviembre de 1873. Siempre estuve en la persuasión de que no ha de verificarse hasta marzo ó abril del año siguiente. Yo no me atrevía á decirlo á todos los que me hablaban de este punto; pero no vacilé en decir abiertamente, en el mes de octubre, que los esfuerzos de los monarquicos no se llevarían á buen término.

Las esperanzas, concebidas con excesiva facilidad, están, al presente, desvanecidas. Los que pusieron en ellas completa certeza, se desalientan, no aciertan á vislumbrar sino nuevas catástrofes, y opinan que las cosas públicas irán de mal en peor hasta la gran persecución del Anticristo. Y porque pusieron su confianza en los hombres, y los hombres se la han defraudado, desesperan y se resignan, ni más ni menos, que si su causa no fuese la causa de Dios, y si Dios no continuase siendo omnipotente.

(1) Barodet, Ranc, y Lockroy trajeron el 24 de mayo.

IV.

Desde mediados del año 1872 se han dirigido á Dios muchas oraciones, y se han hecho muchas peregrinaciones; pero, á más de que muchos peregrinos eran viageros por recreo y baratura; las oraciones promovidas por el temor y el peligro, tienen de ordinario algo de interesado y egoísta. Si en vez de pedir á Dios, que tenga compasión de nosotros, que nos dispense su misericordia, que disminuya y abrevie nuestras penas, le hubiésemos instado principalmente y con toda preferencia, que tuviese piedad de su gloria ante el mundo, de la gloria de su Divino Hijo, insultado y despreciado como nunca; de la gloria de María, que recorre la Francia en todas direcciones para salvarla; y de la gloria de la santa Iglesia; acaso hubiéramos alcanzado el objeto de nuestras súplicas. Pero, rogando con toda preferencia por nosotros, hemos debilitado la eficacia de nuestras súplicas y de nuestras obras.

Somos hijos de Dios. Cuando vemos que la mayor parte de nuestros hermanos insultan y blasfeman á nuestro Padre, y suyo, hacen burla de él, y llegan al extremo de negar su existencia, debemos, ante todo, pensar en reparar tantos ultrajes, rogar á Dios que les ponga término, y haga que su nombre sea santificado por todos; que venga á este mundo su reino, y que se haga su voluntad, así en la tierra como en el cielo. Al rogar de esta suerte, primero por Dios, y después, por nosotros, seremos odds indudablemente, pues el divino Maestro quiere, que «busquemos, ante todo, el reino de Dios y su justicia», y nos ha prometido, que «todo lo demás nos será dado por añadidura.»

V.

Ya he dicho, que yo no esperaba la Restauración hasta los meses de marzo ó abril de 1874. Hé aquí los motivos de esta opinión mía:

El capítulo X del Apocalypsi, me parece aplicarse al Concilio llamado del Vaticano, abierto en 8 de diciembre de 1869, y que yo vislumbré quince años há, en una obra

que publiqué á la sazón (1). *El libro abierto*, cuyo contenido ha de predicarse á todos los pueblos, y á muchos reyes (vers. 8 y 11), parece referirse á la coleccion de las decisiones conciliares. Este libro es dulce á la boca, porque no contiene sino la verdad divina, que es nuestra vida, nuestra dulzura; nuestra esperanza; pero es y será amargo en las entrañas (vers. 9), á causa de las dificultades que su adopción encontrará. Las persecuciones suscitadas en nuestros días contra la principal decision del Concilio, por los que se titulan *Católicos viejos*, unidos á los gobiernos heréticos, ó impíos, demuestran esa amargura, y hacen todavía más plausible la aplicación del capítulo X de San Juan al Concilio (vers. 10).

En el capítulo XI de la misma profecía, que sigue inmediatamente después, describe con toda exactitud la situacion en que se encuentra la Santa Sede, desde el 20 de setiembre de 1870, y señala el término de esta situacion.

En los versículos 1.º y 2.º de este último capítulo, se manda al Apóstol «que mida el templo de Dios, el altar, y los que la adoran.» Es verosímil, que esto se le manda porque la poca capacidad de los lugares hará fácil la medición. Pero se le encarga, «que no mida el atrio que está fuera del templo, porque ha sido abandonado á los gentiles (á los enemigos de la Iglesia), que pisotearán la ciudad santa por espacio de cuarenta y dos meses.»

La situacion de la Santa Sede no tiene, hasta ahora, otra igual en la historia. Puede reproducirse más adelante; pero en nuestros días se presenta por primera vez. Antes se condenaba á muerte al Papa, como en tiempo de las persecuciones de los Romanos; se le obligaba á desterrarse, cuando un ejército entraba en Roma á viva fuerza; al Papa se le hacía prisionero, y se le alejaba de la Ciudad Eterna, enviándole á Valencey, Fontainebleau, ú otros puntos.

Los invasores de ahora no han imitado á sus antecesores. Y no hay que agradecerse, pues al obrar de esta suerte, solo se han propuesto acreditar su mansedumbre, y tranquilizar muchas conciencias, que se contentan con muy poco. Mas de tres años

(1) Las Conjeturas sobre las edades de la Iglesia, y los últimos tiempos. Petegaud, editor, Lyon.

há, conservan al Papa en la ciudad de la que es soberano, colmándole de atentados y ultrajes; *le rodean por todas partes como una ave cogida en las redes*. Le tienen « encerrado en el templo y el altar » (San Pedro y el Vaticano), cuyos puntos y cuyas puertas guardan ellos; y por esta medio cumplen y realizan, de un modo exacto y completo, la profecía de San Juan.

Pero, fracasarán los deseos de los enemigos de la Iglesia. Esta esclavitud no será definitiva; no vendrá á parar á la destrucción del Catolicismo y de la Santa Sede; no será más que una prueba pasajera, pues no durará sino cuarenta y dos meses (*mensibus quadraginta duobus*, vers. 2).

Si los cuarenta y dos meses, contando desde el 20 de setiembre de 1870, son solares, terminan en 20 de marzo de 1874; si son lunares, terminan en 17 de febrero del mismo año; y estos cuarenta y dos meses, que forman tres años y medio, están en perfecta concordancia con los « tres años y algún tiempo más, después de esos tres años » de *Maria Lataste* (4.ª edición, tomo 2.º pág. 126).

VI.

Yo concedo una *fe humana, tan firme como es posible*, á los anuncios de *Maria Lataste* y á la profecía de *Orval*, porque he podido comprobar su anterioridad á los acontecimientos predichos, y porque he visto hasta ahora su completa realización. Veamos lo que contiene para nuestra época esta predicción última.

Después de la llegada y marcha de los antiguos guerreros, se escribe en dicho documento lo siguiente: « Esto es hecho; el Monte de Dios, desolado, ha clamado á Dios: los hijos de Judá han clamado á Dios: los hijos de Judá han clamado á Dios desde país extranjero, y he aquí que Dios no ha permanecido sordo. ¡Qué fuego vá con sus flechas! Diez veces seis lunas, y todavía no seis lunas han excitado sus iras. ¡Ay de ti, gran ciudad! etc. »

Si se lee atentamente la Euclicética del 21 de noviembre de 1873, se descubre en ella el grito elevado á Dios desde el monte de

Dios. El Padre Santo deplora allí las persecuciones habidas en Italia, Suiza, Alemania, América, y casi en todo el mundo. Consigna su profunda tristura al escribir, que « las cosas han llegado al punto, que hasta la muerte parece preferible á una vida agitada por tantas tempestades; y que más valdría morir, que presenciar los males de los santos. » Implora como único medio de salvación el auxilio divino, porque le faltan todos los demás por la tibieza de los amigos, y por la alianza hostil de todos los poderosos; ruega al Altísimo, que dió palabra á su Iglesia, « que se levante *al fin* en su misericordia; que mande á los vientos, que haga reaparecer la calma; » y con estas palabras, *al fin*, que parecen revestir la forma de un cargo, consigna, que Dios parecía desde mucho tiempo estar sordo á las oraciones de los suyos. Por otra parte, es grito dirigido á Dios por los hijos de Judá, es decir, por los príncipes legítimos destronados, grito dado, según él, desde el Monte de Dios, y en tierra extranjera, indica que también ellos han perdido toda esperanza humana; y esto concuerda muy bien con los acontecimientos de que somos testigos, con la desaparición de las esperanzas de restauración francesa y europea, que las tentativas de octubre hicieron considerar posible y próxima. Es, pues, tan verosímil como posible, que hayamos llegado á este punto: « Esto es hecho: el Monte de Dios desolado ha clamado á Dios; los hijos de Judá han clamado á Dios desde país extranjero; » y Dios, dejando de parecer sordo, va á obrar, porque los hombres se reconocen impotentes.

La ira de Dios, provocada desde mucho tiempo, se ha fomentado y acrecentado por consiguiente, durante diez veces seis lunas, y todavía no seis veces diez lunas, todas anteriores al grito del Monte de Dios, y de los hijos de Judá. Pero como los años lunares son menos largos que los solares, siendo la diferencia en menos de unos cuatro meses en diez años; y como los diez años solares, contados desde el convenio de 15 de setiembre de 1864, que se hizo para que Roma paulatinamente fuese entregada á la revolución, sin excitar por de pronto grandes quejas, terminarían en 15 de setiembre de 1874; se sigue, que los diez años lunares concluyen en 15 de marzo de 1874; y como por otra parte, esos

diez años lunares no serán completos (diez veces seis lunas, y todavía no seis veces diez lunas), cuando Dios dejará de ser sordo, y su brazo alcanzará á los malos, conviene rebajar todavía algunos meses, unos cinco (mitad de las diez últimas lunas), y veremos como los acontecimientos, que han de traer la emancipación de la Iglesia y de la Francia, comenzarán muy en breve, acaso en diciembre, para concluir algunos meses después, es decir, en las épocas señaladas en el Apocalypsi, y en las revelaciones de *Maria Lataste*.

VII.

La proclamación de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, como dogma de fe, se hizo, como es sabido, el día 8 de diciembre de 1854, es decir, diez y nueve años solares há, ó sea, un ciclo lunar.

Maria Lataste había escrito, bajo la inspiración del divino Maestro, después del anuncio de dicha proclamación: « Vendrá la aflicción á la tierra, reinará la opresión en la ciudad que yo amo, y en la que he dejado mi corazón; estará sumida en la tristeza y la desolación; estará rodeada de enemigos por todas partes, como un ave cogida en las redes; esta ciudad parecerá sucumbir durante tres años, y algún tiempo más después de esos tres años. »

En contra de estas palabras, tan perfectamente justificadas por los hechos, se esperaba, por punto general, que á este homenaje supremo tributado por la tierra á *Maria*, seguiría inmediatamente la expansión de grandes gracias, y de una paz profunda y santa.

Esta expectativa, casi general, se vió frustrada. En el mes de diciembre de 1854, se urdieron las primeras intrigas y conspiraciones, que habían de transformar la rana del reducido Piamonte en el corpulento buey de la Italia, producir la unidad de la Peninsula, bajo el cetro de *Victor Manuel*, y eliminar, por medio de esa unidad, el poder temporal y la independencia de la Santa Sede. Podría dar las pruebas de ello, si tuviese tiempo y espacio para ello. Desde entónces, los demonios del infierno y los de la tierra han rugido, en comun concierto, contra *Maria*, la Santa Sede, el catolicismo, y los fieles; han hecho todos los esfuerzos posibles para quitar toda eficacia á los nu-

meros actos en que se ha conocido la intervención de la Madre de Dios, en la Saleta, en Lourdes, en Pontmain, en Alsacia, y Lorena, y en otros varios puntos; han puesto asechanzas y estorbos al calcañón de la que es y será siempre omnipotente en sus súplicas; y gozando de libertad en sus atentados, apoyados por casi todos los soberanos y poderes públicos de Europa—aliados contra el Señor y su Cristo,—han puesto á la Iglesia y á toda la sociedad en el triste estado en que las vemos.

Pero todo tiene un término en este mundo, y nosotros contamos con el cumplimiento de las palabras de Dios. A un ciclo de crímenes, de impiedad, de blasfemias y sacrilegios, que terminó en 8 de diciembre de 1873, sucederá un nuevo ciclo, el ciclo de *Maria*, la Reina del cielo y de la tierra, de la Iglesia y de la Francia; y este ciclo me parece como que comienza hoy. En breve, pues, se cumplirán las palabras dirigidas por el Señor á *Maria Lataste*: « Mi madre descenderá á esta ciudad; tomará las manos del anciano que está sentado en un trono, y le dirá: Ha llegado la hora; levántate, mira á tus enemigos, y yo los hago desaparecer sucesivamente; y desaparecen para siempre; tú me has dado gloria en el cielo y en la tierra, y yo quiero darte gloria en el cielo y en la tierra, etc. »

VIII.

He hablado de los esfuerzos hechos en octubre último para el restablecimiento de la monarquía. Es preciso averiguar por qué causa no se han llevado á término, y si es suerte ó desgracia su fracaso.

La Francia y la Europa están afectadas de un grave mal, desde los años de 1789 y 1830. Desde estas dos épocas, los hombres han quebrantado las leyes, cambiado el derecho, y destruido la alianza eterna. (Isaías, XXIV, 5). Por esta causa, la maldición ha consumido nuestra tierra, y los castigos, en vez de convertir los corazones, no han servido más que para hacerlos más pecadores y culpables. (*Propterea maledictio vorabit terram et peccabunt habitatores ejus*. Ibid. 6).

No podemos, pues, salvarnos sino volviendo á la observancia de las leyes, reanudando nuestra antigua alianza con la divinidad, rechazando el derecho nuevo de las

tirarías, de las usurpaciones, de los paliativos, y de los hechos consumados, que pretenden tener fuerza de derecho, porque, en su concepto, en punto a poder, la posesión sirve de título, como sucede con los muebles, volviendo al derecho verdadero; de suerte, que la Francia nueva sea realmente la continuación de la antigua, cuya constitución era tan vigorosa, que había durado por espacio de catorce siglos.

No tenemos, pues, más que inclinarnos ante el derecho personificado en el príncipe más honrado y más leal del mundo, y que se perpetuaba en sus herederos, con la precisa condición de reconocerle como su único soberano legítimo por derecho de su nacimiento. No tenemos que pedirle su programa, pues no lo había dado varias veces, indicándonos el último límite del que ni su honor, ni su conciencia le permitirían pasar. Encargado de restaurar, reconciiliar lo que estaba profundamente dividido, reconstruir la Francia en medio de las ruinas acumuladas por la revolución y por nuestras frecuentes conmociones, era indispensable que gozase de iniciativa y de cierta latitud, y que no se viese atado de pies y manos desde el día en que tomase posesión del poder.

IX.

Nuestros hombres de Estado no comprendieron estas cosas, ni las exigencias de la situación: conocían el mal; querían el remedio, pero no lo querían tal como el médico lo indicase. ¡Censurará por esto á esos políticos? Sé que muchos de ellos están animados de excelentes intenciones; pero un pueblo no vive de las buenas intenciones de los que le gobiernan. Algunos que han apelado á diversos medios y regímenes, en su poca docilidad y paciencia han perdido la noción del poder legítimo, y no ven en una restauración más que un remedio transitorio para los males presentes del país. Otros, sacudidos por tantos contratiempos, no aciertan ya á distinguir la verdad y el error, el bien y el mal, el derecho y el hecho; no saben lo que piensan, ni lo que deben pensar. Esos hombres son ciertamente disculpables, porque han experimentado y sufrido; pero no han querido las revoluciones. Mas, sus ideas y sus prácticas de gobierno son malas y censurables; á más

de que, por falta casi completa de perspicacia, se dejan dirigir fácilmente por los hombres hábiles, que no proceden de buena fe, y quieren perpetuar la revolución, ya, por lo que ella es en sí; ya, para asegurarse la posesión del poder. Dicho esto relativamente á los hombres, voy á ocuparme del programa presentado al conde de Chambord.

X.

Este programa consigna con toda preferencia, que se trata de restablecer la monarquía tradicional (y no constitucional ó convencional). En este punto, el programa es excelente; pero pronto se malea, dando por principales bases á esta monarquía la inviolabilidad de la persona del rey, y como consecuencia de esta inviolabilidad, la responsabilidad de los ministros (1). Nuestros hombres de Estado no se han apercebido de que poniendo juntas estas dos cosas, haciendo de la segunda el contrapeso de la primera, restablecían la máxima revolucionaria: «El rey reina y no gobierna,» y que convertían á Enrique V. en lo que no quiere ser, esto es, el rey legítimo de la revolución (2).

Sin embargo, esta observación salta á la vista de cualquiera que tenga sentido común.

Si el rey es inviolable, no es responsable, siendo así que sus ministros lo son. Pues bien; el que responde de sus actos, y que puede correr algún peligro por haberlos practicado, ha de tener medios para librarse, si es posible, de esa responsabilidad, pues cuanto mayores obligaciones y cargos se tienen, mayor poder y libertad de acción ha de gozarse. No podrá obtener este resultado sino gobernando, de suerte que, de hecho, por la fuerza de las cosas, reducirá al soberano á un papel muy insignificante de un simple presidente hereditario de república; y, en efecto, de su responsabilidad como presidente, Napoleon indujo en

(1) Un periódico ha establecido una distinción entre la responsabilidad de los ministros y la responsabilidad ministerial. Pero creo que no insistiré en esta distinción.

(2) Solo discuto aquí á grandes rasgos el programa de la Comisión de los Nueve, si yo hubiese de proponer uno, diría de que modo y ante quienes son responsables el rey y sus ministros.

su favor el derecho de tomar sus ministros fuera de la mayoría, fuera de la Asamblea, y el medio de dar su golpe de Estado; y en virtud de esta misma responsabilidad como emperador, hizo atribuirse todos los poderes (1). Queriendo, pues, restaurar la sociedad francesa, no se hacía más que colocarla de nuevo bajo el régimen de la revolución, estableciendo, en cierto modo, un rey veto, que, teniendo el derecho y el deber de impedir el mal, estimular y propagar el bien, no podría hacerlo en realidad; y se habría encontrado en la suprema alternativa de hacer cumplir leyes, que en su concepto serían malas, ó de dimitir, provocando una nueva revolución.

La historia contemporánea nos dice en alta voz, lo que vale la inviolabilidad real aneja á la responsabilidad ministerial. Esta inviolabilidad se ha consignado muchas veces en el papel; pero ahí se ha quedado todo reducido, y nunca ha sido respetada en los momentos y casos únicos para los que se había establecido. Luis XVI, rey constitucional, era inviolable, no respondía de nada, y fué responsable con su cabeza, que rodó sobre el cadalso. Carlos X era inviolable, y al desterrarle se le hizo responsable, al propio tiempo que á sus ministros, únicos que debían serlo. En igual situación se encontraba Luis Felipe; y, sin embargo, hubo de responder con su expulsión. Sus ministros, únicos responsables, se salvaron, tal vez porque pertenecían á la revolución; y los dos Napoleones, que eran y se declaraban á sí propios responsables, no fueron derribados por la nación, sino por los ejércitos extranjeros.

La religión y la conciencia no pueden tolerar esta irresponsabilidad del rey cuando sanciona y hace cumplir leyes malas, inspiradas, ó aceptadas por los ministros, y votadas por las Cámaras. Un hombre sin ley podrá quedar satisfecho de semejante papel; pero un soberano católico no lo aceptará jamás. Si en el día del último juicio, el que juzga á los vivos y á los muertos le pregunta, por qué ha aprobado y mandado cumplir semejantes leyes, no dirá, por cierto, que era irresponsable en virtud de la constitución humana, que solamente

sus ministros han de responder de ello, pues de antemano debiera saber, que semejante defensa no puede ser admitida en el tribunal divino.

Bien se ve que no voy á examinar los pormenores del programa, de las negociaciones, y de los documentos que han mediado. No me ocupo sino de los caracteres salientes, y creo conveniente consignar una nueva y última observación.

Se han pedido garantías al rey, presentándolas como un medio de salvación nacional; garantías, se le decía, de que la Francia tiene gran necesidad para rehacerse, así en el interior, como en el exterior, y que se habían explicado ya en todas partes.

Cuando se pensó en pedir garantías contra Mr. Thiers, que se había burlado constantemente de la mayoría, y que le ascendió al poder, se había ligado ya con los adversarios de esa mayoría, apenas transcurrido un mes desde su encumbramiento, que amenazándolo con dimitir, la había sojuzgado á todas sus voluntades, y aún á sus caprichos; mientras que no se habían exigido garantías al mariscal presidente, de quien se sabía ser hombre esclavo del honor y del deber, se querían estipular garantías con el que las había dado todas de antemano, y con el único que tenía derecho de pedirías á la nación, que le reclamaba por necesidad, después de haberle expulsado cuarenta y tres años ántes, después de haber infringido, con respecto á su persona, el pacto fundamental, y después de haberse entregado, en este período, á todas las extravagancias, y á todos los devaneos políticos posibles!

En semejante estado, pedir garantías, era una desconianza injuriosa con respecto al conde de Chambord. Pero lo más repugnante es el carácter de esas garantías.

Las garantías que se querían tomar contra el Soberano legítimo consistían en lo que forma el derecho público actual de los franceses. Este derecho público actual no era, ni podía ser, sino el que nos rigió desde que estamos en revolución, y que es fruto de ella, como el efecto nace de su causa, y, por consiguiente, es el veneno que tiene enferma á la Francia, y que la matará; que nos ha precipitado al fondo de un abismo, y que nos hará partícipes de la suerte de Polonia, si no lográramos desprendernos de este mal, ¡Y hay hombres senatos, que quieren seriamente que el veneno sea el remedio! Esto

(1) Un rey constitucional, que reina y no gobierna, no es un rey, pues no rige á su pueblo. Rex viene de regere.

es lo que en medicina suele ser la homeopatía. Allí se administra el veneno en dosis infinitesimales, que no pueden dañar, y pueden ser saludables por razón de su exigüidad; pero querer que una nación apure de una vez todo el frasco del veneno..., es una ilusión, si no se comprende lo que es un crimen, si se comprende lo que se hace.

XI.

En los esfuerzos que se han hecho para restablecer la monarquía, los hombres que en ello han intervenido de un modo directo, ó indirecto, obraban de buena fe; pero, sin sospecharlo, eran dirigidos por los hábiles ocultos tras de la cortina, y que poco más, ó ménos, debieron de usar este lenguaje: «La corriente, la fuerza de las cosas, el estado precario é infeliz de nuestro país, impelen al pueblo hácia la monarquía tradicional. Si esta monarquía es lo que debe ser, nosotros no seremos nada, y nosotros queremos ser, sino todo, á lo ménos algo. No podemos ahora declararnos abiertamente en contra de estas dos tendencias, pues nos estrellaríamos como el hombre de *alma afuera*. Pero las seguiremos exteriormente, en apariencia, á fin de que no se desconfe de nosotros. En este estado, nos manejaremos de modo que quedemos siempre en pié, venga lo que venga. Si Enrique tiene ambición y desea reinar, habrá de someterse á nuestro yugo, darnos garantías, conservar las instituciones revolucionarias suavizadas que constituyen nuestra importancia, adoptar la bandera de nuestra revolución, retirar sus declaraciones anteriores, retirar su palabra, deshonrarse, anularse. Si no se decide á aceptar todas estas condiciones, nosotros le haremos imposible por esta causa; haremos recaer sobre su negativa, y por consiguiente sobre él, y solo sobre él, la responsabilidad de todos los males y de todos los infortunios que el país ha de sufrir todavía. Si en la rama menor no encontramos príncipes fáciles y complacientes, estableceremos, á ejemplo del pequeño hombre de Estado, que es un verdadero niño porque no es doctrinario, una buena *república conservadora*, que sostendremos con leyes sumamente duras.»

Hé aquí lo que habrán dicho los hombres que dirigieron toda la intriga. La prontitud con que se llevó la cosa, ó con que ha sido conducida á la presidencia por diez años; la grosería y la alta inconveniencia que se revelan forzosamente en este cambio, efectuado en las veinte y cuatro horas siguientes á la publicación de la carta Real del 27 de octubre, sin que se haya pensado en dismular la cosa, ni en enviar, aún cuando solo fuese por pura forma, un emisario para pedir algunas explicaciones, y saber, si realmente era imposible venir á un acuerdo, prueban que el cálculo de nuestros revolucionarios conservadores era el que acabo de indicar. Evidentemente *las altas sectas de la revolución* habían pasado por ahí, principalmente porque *el rey legítimo era, ante todo, el primogénito de la Iglesia católica, el Rey cristianísimo, y que no hubiera dejado gemir á su Madre en el fondo de una cárcel* (1).

XII.

Es, por lo tanto, una gran fortuna para la Iglesia, la Francia, y la Europa, que el Salvador, reservado por el cielo, haya rechazado al demonio tentador, que le decía como al divino Maestro: «Todo esto te daré, si postrándote á mis plantas me adoras.» Su reinado efectivo se demorará un tanto; pero vendrá sin la menor duda, y con toda seguridad. Nuestro Enrique, que la Francia puede mostrarle con legítimo orgullo á todas las naciones, como modelo de hombres y de soberanos, subirá á su trono, libre de toda influencia deletérea; de esta suerte podrá realizar las grandes esperanzas que en él se fundan. Será todopoderoso para el bien, porque el Altísimo habrá puesto en sus hombros la llave de David, por medio de la que cerrará la puerta del mal, sin que nadie pueda abrirla, y abrirá la puerta del

(1) Los políticos á quienes me refiero, ven en el sufragio universal la causa de todo el mal, como si los electores que pagaban 200 y 300 francos de contribución no hubiesen provocado las revoluciones de 1830 y 1848. La falta de religión hace las revoluciones.

bien, sin que nadie pueda cerrarla. (ISAÍAS, XXII, 20 al 25;—APOCAL. III, 7 y 8).

¿En qué mes, y en qué día se verificará su advenimiento al trono? No puedo decirlo á punto fijo; pero se me figura, que precederá, ó seguirá de muy cerca á la libertad y al triunfo de la Iglesia.

Tengamos, pues, algo más de paciencia; armémonos con una fe robusta para pasar

el nuevo Rubicon; y, sobre todo, roguemos mucho y sin cesar al que manda á los vientos y apacigua las tempestades.

Marsella 8 diciembre 1873, *fiesta de la Inmaculada Concepción*.

A. NICOLÁS.